

LA FUENTE

Á ANGILO ORVIETO

Modula se queja
de cristal doliente
la fuente...

Una fuente vieja,
de piedra musgosa,
que entre la espesura
surge temblorosa,
ebria de frescura...

Habla el agua, gime,
ríe vacilante...

— Voz del agua, dime
tu canción errante! —

La fuente se queja;
llora, se estremece
de dolor... Parece
que hablando, se aleja!

¡Nombres olvidados
de viejos amores,
lejanos rumores
de besos callados!...

Todo eso que llora
fugaz é incoherente,
lo repite ahora
la voz de la fuente!...

Lo escucho en la queja
de cristal doliente
que gime la fuente...

Una fuente vieja,
de piedra musgosa,
que entre la espesura
surge temblorosa,
ebria de frescura!

OTOÑO

Otoño en el paisaje,
Chopin en tu piano...

En la brisa hay perfumes
de lágrimas... El hálito
de algún rosal que el viento
deshoja en el cercano
jardín...

El cielo cruza
un fugitivo bando
de golondrinas...

Muere
sobre tu seno un ramo
de jazmines...

Se extingue
por los valles lejanos
un largo y lento doble
de campanas.

Y un rayo
humilde y temeroso
de sol poniente, entrando
por el balcón, enciende
de luz el empolvado
oro de tus flotantes
cabellos destrenzados...

Otoño en el paisaje,
Chopin en tu piano!...

LA HERMANA

Á BIANCA MARÍA CAMMARANO

En tierra lejana
tengo yo una hermana.

Siempre en Primavera
mi llegada espera
tras de la ventana.

Y á la golondrina
que en sus rejas trina,
dice con dulzura:

— ¡Por aquella espina
que arrancaste á Cristo,
dime si le has visto
cruzar la llanura! —

El ave su queja
lanza temerosa,
y en la tarde rosa,
bajo el sol se aleja!

Desde su ventana,
mi pálida hermana,
pregunta al viajero
que camina triste:

— ¡Por tu amor primero,
dime si le viste
por ese sendero! —

Pero el pasajero
su calvario sube,
y se aleja lento,
dejando una nube
de polvo en el viento!

Desde su ventana
á la luna grita
mi pálida hermana:

— ¡Por la faz bendita
del Crucificado,
dime en qué sendero
tu rayo postrero
su paso ha alumbrado! —

La luna la vaga
llanura ilumina,
trémula declina,
y en el mar se apaga!

Acaso yo errante
pase vacilante
bajo tu ventana;
y sin conocerme,
mi pálida hermana,
preguntes al verme
venir tan lejano:

— Dime, peregrino,
¿has visto á mi hermano
por ese camino?

LA CITA

En la tranquila alcoba perfumada
aún la lámpara sueña, vacilante,
nimbar la palidez de tu semblante
con su suave claridad rosada.

Te presiente en las sombras la mirada,
y el corazón espera palpitante
desfallecer de amor en el amante
abrazo anunciador de tu llegada.

Aguardo, con el alma toda oídos,
la vaga ondulación de tus vestidos,
de tu ágil planta la pisada incierta,

y el leve golpe tímido y lejano
de tu pequeña y enguantada mano,
que llama — toda trémula — á mi puerta!

SCHERZO

Junto á la dudosa
lámpara te espero
leyendo...

Una rosa
muere en el florero.

Llueve...

Lentamente
desfilan las Horas...
¿Por qué, alma impaciente,
cuando esperas, lloras?

La estancia desierta...
Aún sobre el piano
la sonata abierta
sueña con tu mano.

Suspira en el eco
tu voz... La almohada,
que aún conserva el hueco
de tu sien, espera
la lluvia dorada
de tu cabellera...

Y perfuma el viento
de la vieja estancia,
la tibia fragancia
que exhala tu aliento.

La clara y fulgente
luz de la mañana
brilla en la ventana
abierta...

Se siente
lejana campana...

El libro cerrado,
la rosa marchita...
El reloj parado
señala la cita!

FLOR DE OTOÑO

Cuando me sonríes tras la vidriera,
de las tibias tardes á la luz dorada,
fatigado y triste sobre la almohada
tu pálido rostro parece de cera.

Tienen tus sonrisas el lúgubre encanto
de una flor que muere cuando á abrirse empieza,
y hay en tus pupilas tan honda tristeza
que, al verlas, los ojos se cubren de llanto.

Golondrina herida que abandona el nido,
 tu vuelo á la tierra se inclina ligero;
 y eres una efimera flor de invernadero
 que tan sólo vives á fuerza de cuidol!

Es más transparente cada vez tu mano,
 más amarillenta tu faz demacrada;
 y tu voz suspira, débil y apagada,
 como si viniese de un mundo lejano.

Ves ante tus plantas el sepulcro abierto;
 nostalgias de antiguas primaveras sientes,
 y tus negros ojos, profundos y ardientes,
 parecen dos cirios que alumbran á un muerto.

Siempre pensativa, triste y ojerosa,
 notas que la vida voluble te deja;
 y el eco angustioso de tu tos semeja
 un golpe de azada, cavando una fosa!

Vestida de blanco, te pierdes como una
 quimera de nieve, por la noche en calma,
 como si tu cuerpo fuese todo alma,
 como si tu alma fuese toda luna!

Y los caminantes exclaman, al verte
 subir de mi brazo agreste vereda:
 — ¡Pobre flor de Otoño, qué poco le queda!...
 ¡Lleva ya en la cara grabada la Muertel!